

TEXTO ORIGINAL ESCRITO POR: ADOB

XV CERTAMEN DE RELATOS BREVES SOBRE IGUALDAD DE GÉNERO

Otros
tiempos

A todas las abuelas del mundo.

—Abuela, ¿tú eres feliz?

—Hija, yo soy feliz, si tú eres feliz.

—Pero, tú... ¿eres feliz?

—Ya te he dicho que sí, mientras estéis felices, yo estoy contenta.

No me atreví a preguntárselo de nuevo, pero me quedé con la duda. Mi abuela, siempre ha sido una mujer dulce, no especialmente alegre y dedicada a su familia. Todos los jueves después del trabajo iba a visitarla y pasábamos la tarde juntas mientras ella tejía con esmero prendas de punto.

Me caso en un par de meses. Estamos ultimando los detalles con toda la presión y nervios que eso conlleva, pero con mucha ilusión. ¿Qué si estoy enamorada? ¡Por supuesto! Aunque solo pensar qué habrá tras el “sí quiero”, me agobia un poco. Creo que por eso me ha dado por interrogar hoy a mi abuela.

—¿Qué te vas a poner?

—¿Cuándo?

—Pues cuando va a ser, el día de mi boda.

—Me he comprado un vestido precioso. Te va a encantar.

— ¿Y el abuelo?

—Pues el traje, ¡qué se va a poner!

Tras un instante de silencio, sin pensarlo dos veces, le espeté la pregunta.

—Tú... ¿quieres mucho al abuelo?

—Pues claro que le quiero. ¡Qué tonterías preguntas! —dijo sin levantar la mirada fija en las agujas.

—Y, ¿cómo os conocisteis? ¿Te pidió que te casaras con él?

—Claro que me lo pidió ¡cómo iba a ser sino!

—¡Yo que sé! Como nunca me lo has contado.

—A ver, —suspiró mientras dejaba las agujas encima de la mesa y se puso cómoda en el sofá con un cojín tras la espalda— ¿quieres que te lo cuente?

—¡Claro! —dije entusiasmada por escuchar su historia.

—Antes de conocer al abuelo trabajaba como enfermera en el hospital militar. Me tuve que ir del pueblo al cumplir los 16 años porque, al ser la mayor de todas las hermanas, tenía que ayudar con los gastos familiares. Nada más llegar, me sentía muy perdida: estaba sola, nunca antes me había separado de mi familia y la ciudad era demasiado grande para una chica como yo.

Pero en seguida me adapté. Conocí una gente maravillosa en el trabajo y la ciudad tenía tanta vida que, a pesar de echar de menos a mis seres queridos, disfrutaba cada día. Tan solo regresaba al pueblo en navidad y durante el verano para la fiesta. El verano de 1960, me arreglé de manera especial para ir al baile. Estaba harta de escuchar que como no me casara pronto se me iba a pasar el arroz.

—¡Qué bobada! —Nunca he llegado a entender que la gente te diga esa estúpida frase.

—Sí, hija, eran otros tiempos. Entonces a la gente le preocupaba que a mi edad aún no hubiese formado una familia. —Mi abuela bebió un poco de agua y continuó. —Aquella noche, casi nada más empezar a sonar la música, se acercó tu abuelo y me sacó a bailar. Él también iba muy guapo esa noche y ¡olía tan bien! Eso sí, ¡bailaba de pena! Nos reímos muchísimo, fue muy divertido. Ya nos conocíamos, él era el hijo del panadero, y desde pequeña le había visto ayudando a su padre desde primera hora de la mañana. Unos días más tarde, vino a casa a pedirle mi mano a mi padre. Yo ya había regresado a la ciudad para continuar trabajando, así que cuando me llegó la carta de mi padre anunciando el enlace, me puse muy contenta. Tu abuelo era un buen chico, nuestras familias eran amigas, era trabajador... Pero a la vez me entristecía la idea de tener que abandonar ese trabajo que tanto me gustaba, la vida en la ciudad, mis nuevos amigos... Sin embargo mis obligaciones ahora eran otras. Así, poco tiempo después, me vi haciendo las maletas y regresando al pueblo para preparar el enlace. Tras varias semanas de preparativos, por fin llegó el gran día. ¡Estaba tan nerviosa! Esperaba ansiosa ese día tan especial, ese día que decían que sería el más feliz de mi vida.

—Abuela, y ¿lo fue? —pregunté, aunque ella hizo caso omiso.

—Con toda nuestra familia, la iglesia llena de flores... Y a la vez con miedo de tan solo pensar en la noche de bodas. Esa noche sería mi primera vez.

—¡En serio! ¿No habías tenido sexo antes?

—Por supuesto que no —dijo mi abuela ruborizada—. Esa era la noche. Llevaba varios días sin poder dormir tan solo pensando en la maldita noche de bodas. —Nos quedamos calladas, sin saber muy bien qué decir, hasta que mi abuela rompió el silencio. —Y poco después, nació tu madre.

Nos echamos a reír las dos. A mi abuela le daba mucha vergüenza hablar de sexo, un tema bastante tabú para ella. Dudo que hubiera hablado antes de manera tan abierta de este tema. Sentí un poco de pena por ella, casándose tan rápido, tan joven, con alguien a quien apenas conocía y cambiar su vida por él.

—¡Con tu madre mi vida sí que dio un vuelco!

Comenzamos de nuevo a reír. Mi madre siempre dice que ella de pequeña era una santa y que nunca había roto un plato, aunque todos sabíamos que eso no tenía ni una pizca de cierto. A mí me picaba la curiosidad e instigué a mi abuela a seguir hablándome acerca de ella.

—Cuéntame más, abuela, me muero de curiosidad por conocer más.

—Vale. ¿Tienes tiempo? No quiero cansarte con mis historias.

—Para nada, claro que tengo tiempo.

—Venga, vale —continuó—. Tu abuelo salía muy pronto de casa para ir al obrador a preparar el pan. Me levantaba con él para poner el desayuno y después comenzaba con las labores de la casa. Intentaba no hacer ruido para no despertar a tu madre. En esa época yo ya no tenía tiempo para nada, entre las labores, la compra, la comida y la niña, ¡ni un minuto de descanso! Además me pasaba media vida en la cocina ¡con lo poco que me gusta!

—Pero abuela, con lo bien que cocinas. ¿Cómo no te va a gustar?

—Tanto tiempo haciéndolo, algo he tenido que aprender ¿no crees? Pero... ¿sabes qué es lo que siempre me ha gustado? La fotografía. Me hubiera encantado ser fotógrafa. Cada vez que veía a algún fotógrafo por la calle detrás de sus cámaras, no podía evitar soñar despierta, pensando que podría ser yo.

—Y... ¿por qué no lo hiciste? ¿El abuelo qué te dijo?

—¡Uy! ¡El abuelo no lo sabe! En realidad yo solo veía fotógrafos hombres, no hubiera sabido ni utilizar una cámara. En mis tiempos había oficios reservados solamente para ellos.

—Pues a mí me parece que podrías haberlo hecho, en tus tiempos había fotógrafas y de mucho prestigio, como Annie Leibovitz, gente que se arriesgaba y ha abierto un camino hacia la igualdad.

—¡Para mí eso era impensable! —Dijo la abuela con cierta tristeza. — Las mujeres de mi época nos dedicábamos a cuidar de la familia y en casa había demasiadas cosas que hacer como para estar pensando en otras historias. El hombre era el que trabajaba para mantener a su familia y, nos gustase o no, eso era así.

Consternada y con rabia, me quedé mirando en silencio a mi abuela hasta que, por fin, acerté a preguntarle de nuevo algo que no paraba de rondar en mi cabeza.

—Abuela, entonces, ¿tú has sido feliz?

Durante unos segundos mi abuela balbuceó dubitativa, hasta que dio con la respuesta.

—A mí me ha tocado vivir otra época. Sí que he sido feliz, pero no es la vida que yo hubiera soñado. Si me hubieran dejado elegir iotro gallo cantaría! Hoy en día las cosas son diferentes, las mujeres tenéis mucha más libertad para poder actuar como queráis. Podéis decidir el papel que queréis tomar en la vida. Tú has tenido mucha suerte de haber nacido en estos tiempos.

Mi abuela cogió de nuevo sus agujas y continuó tejiendo. La conversación parecía que había llegado a su fin. No me consideraba realmente afortunada por el simple hecho de poder decidir la vida que quiero vivir. Hoy en día queda mucho camino por recorrer para lograr la igualdad real, pero también es verdad que hemos avanzado mucho desde la generación de mi abuela. Por eso no quise quedarme callada.

—Abuela, yo tengo muy claro que voy a ser feliz. Y estoy muy segura de quién es la persona con la que quiero compartir mi vida: Macarena. Ya lo verás.

—Ojalá, cariño. Estoy convencida de que vais a ser muy felices.